

Mijaíl Gorbachov. *PERESTROIKA, NUEVAS IDEAS PARA NUESTRO PAIS Y EL MUNDO*. Emece Editores S.A., 1987;
Buenos Aires, Argentina

La industria editorial norteamericana tenía hasta hace poco en las "Memorias" presidenciales (y, desde Henry Kissinger, también en las de los secretarios de Estado), una lucrativa veta comercial. Hecho por lo demás perfectamente explicable puesto que deparaban una lectura pletórica de sucesos y anécdotas que brindaban al ciudadano común la indescriptible sensación de atisbar entre bastidores decisiones históricas, de escudriñar entre los muros de la oficina oval de la Casa Blanca para ser testigo de excepción de hechos que en su momento constituyeron secretos de Estado. Pero de un tiempo a esta parte el negocio cobró un giro inesperado: ¿Por qué esperar que expirase el mandato de la administración en curso para develar sus grandezas y miserias? Tentados con sumas de siete dígitos, altos funcionarios renunciantes (o expectorados) se abocaron esmeradamente a la tarea de demoler la imagen pública de su antiguo jefe, Ronald Regan.

Así por ejemplo, nos enteramos que su secretario de Hacienda necesitaba recurrir a viñetas al estilo de las tiras cómicas para explicarle las partidas de la propuesta de presupuesto que debía presentar al Congreso (David Stockman, "The Triumph of Politics"), que el vocero oficial de la Casa Blanca recurría con frecuencia a "citas" inventadas para la ocasión que atribuía a Reagan para corregir sus errores en conferencias de prensa sin que este jamás se hubiese percatado (Larry Speakes, "Speaking out"), o que Reagan y su esposa Nancy con-

fiaban más en la astrología que en los asesores presidenciales, lo cual llevó a un connotado senador republicano a afirmar que "resulta preocupante que el hombre que tiene una mano sobre los controles de nuestro arsenal nuclear tenga la otra posada sobre una bola de cristal" (Michael Deaver, "Behind the Scenes" y Donald Regan, "For the Record").

Pero surgiría aún una nueva proeza editorial que habría de relegar al ostracismo a todas las demás: La firma "Harper & Row, Publishers Inc" logra persuadir a Mijaíl Gorbachov para que plasme por escrito en una obra de divulgación pública los lineamientos generales del programa de reformas en marcha en la URSS conocido bajo el nombre ruso de "Perestroika" ("Reestructuración"). En un contexto en el que prevalecen en los Estados Unidos enfoques que, como el neo-realista, tienden a desestimar a la "opinión pública" como factor a tener en cuenta en la adopción de decisiones de política exterior, Gorbachov apela a los movimientos sociales y de opinión pública occidentales (en particular a ecologistas y pacifistas), instándoles a constituirse en grupos de presión en sus propios países en la perspectiva de crear una atmósfera de distensión y cooperación. Contrapuesta a una administración norteamericana que por momentos no parece dispuesta a escuchar más argumentos que el eco de su propia voz, la ofensiva de Gorbachov en el ámbito de los medios masivos de comunicación le ha dotado de un grado de iniciativa tal que parece haber convertido a un Ronald Reagan ya en el tramo final de su segundo mandato presidencial, en un pálido reflejo de su anterior imagen de "Gran comunicador". Es en esta perspectiva general en la que se inscribe el libro objeto del presente comentario, que apela por lo demás a la racionalidad del sentido común y a una lógica elemental pero impecable.

LOS USOS DE LENIN

Lenin no es sólo el referente político e ideológico capital de la Revolución de Octubre, es también el actor protagónico de dicho proceso. Esto explica el que la fidelidad a su legado sea una fuente de legitimidad y que el recurso a citas suyas cobre la fuerza de un argumento ad hominem. Como no podía ser de otro modo Gorbachov reivindica el carácter leninista de la perestroika, pero con un doble sesgo sumamente peculiar: La referencia teórica privilegia en forma explícita las reflexiones de los últimos años de su vida, en que Lenin realiza un balance crítico del proceso revolucionario, vislumbrando tras su relevo por Stalin el espectro del despotismo que este encarnó a su muerte. De otro lado, cuando se refiere al legado de Lenin en tanto gestor del proceso, emerge como paradigma su faceta de político pragmático, inspirado en esa feliz frase que le pertenece: "Análisis concreto de la situación concreta". El Le-

nin que se reivindica es, expresamente, el de los tratados de Brest Litovsk y de la Nueva Economía Política (NEP).

Pero el tributo a la memoria de Lenin, como toda apología, tiende a soslayar (o incluso omitir) la mención de sus desaciertos, y así las atrocidades de Stalin parecen explicarse como parte de un proceso surgido por generación espontánea. No es el caso desarrollar aquí este punto, pero la evidencia histórica sugiere que el "stalinismo" constituye en lo fundamental una exacerbación de la lógica que guió el proceso prácticamente desde sus orígenes. Así, primero se trataba de derrocar a la dinastía de los Romanov y derrotar posteriormente en la guerra civil al ejército "blanco" bajo el mando del general Kornilov.

En el curso de tales acontecimientos eseristas, mencheviques, anarquistas y demás, aliados en la Revolución de Febrero de 1917 y, algunos de ellos, en la de Octubre del mismo año, pasan a ser perseguidos como enemigos del Estado soviético y, en consecuencia, tratados como tales (vgr., entre otros, Kronstadt).

El proceso de fusión orgánica entre Partido y Estado como un vector de poder que se expande obturando todos los poros de la sociedad civil (vgr., entre otros, los soviets) estaba ya en curso, y Stalin lo lleva hasta sus últimas consecuencias, aplicando por lo demás dentro de su partido la "política de alianzas" por así decirlo que este había aplicado hasta entonces fuera de sus propias filas (a saber, que en política no existen aliados, sólo enemigos principales y secundarios, intercambiables según el período táctico). La primera víctima fue Trotsky, finalmente deportado en 1929, pero el resto de la "vieja guardia" bolchevique no tuvo tanta suerte, pues tuvo que encarar a un pelotón de fusilamiento tras los procesos de Moscú a inicios de los años 30.

Historiadores soviéticos como Yuri Afanasiev (por cierto, militante del PCUS), ya han empezado a explorar esta veta, y en la medida en que la Glasnot permita desbrozar entre los escombros de la historiografía oficial en busca de la verdad, es bastante probable que empiece a agrietarse la urna de cristal en que aún se preservan sin mácula el pensamiento y la obra de Vladimir Illich.

LA ECONOMIA SOVIETICA Y LA PERESTROIKA

Al realizar el balance del período precedente, Gorbachov introduce un neologismo: El "período de estancamiento", eufemismo con que se denomina el período en que Leonid Brezhnev ejerció la jefatura del Partido y del Estado. Pero lo que llega a un punto de saturación y agotamiento en este período es

un modelo de industrialización emprendido en la década del 20 en condiciones históricas específicas y radicalmente adversas, que posteriormente tiende a establecerse como el paradigma por antonomasia de modernización y desarrollo económico bajo el socialismo. Este modelo se sustentaba en un desarrollo intensivo de la industria pesada orientado a satisfacer los requerimientos a nivel agregado contenidos en los sucesivos planes quinquenales. La oficina central de planificación (GOSPLAN) establecía las metas de producción y empleo, y asignaba a las empresas la dotación de recursos materiales, técnicos y financieros necesarios para su concreción y, siempre dentro de las previsiones del plan, garantizaba la demanda del producto a través de las órdenes de compra de otras empresas o dependencias públicas inmersas en el sistema. El funcionamiento de las empresas era supervisado directamente por instancias del gobierno central, y el excedente económico que eventualmente se generase a nivel de las empresas era canalizado a través de la GOSPLAN que los reasignaba en función a las prioridades del plan en base a una política "extensiva" de inversiones que suponía la instalación de nuevas plantas fabriles con un "estado de artes" constante, esto es, sin introducir innovaciones técnicas significativas que permitiesen reducir el costo por unidad de producto.

Este modelo de industrialización, al poner un énfasis prácticamente excluyente en metas de producción bruta y empleo y en rubros de producción de bienes de capital e insumos industriales, termina por subestimar criterios de productividad y calidad por una parte, y por ignorar por otros requerimientos esenciales de la sociedad en cuanto a bienes de consumo. Por lo demás al verse los trabajadores privados de capacidad real de decisión sobre el funcionamiento de las empresas y al no depender su ingreso ni el de estas de su eficiencia, no existían "incentivos" (sic) para mejorar los rendimientos.

El efecto de todo ello fue que eventualmente siguiesen batiéndose records como el de producción y laminación de acero, lo cual por una parte no repercutía significativamente en los niveles de vida de la población y por otra ocultaba un progresivo pero patente proceso de obsolescencia tecnológica del parque industrial soviético respecto a los standards que introducía en la división internacional del trabajo la revolución científica-tecnológica en curso, liderada por el Japón.

Al margen de un desarrollo intensivo de la tecnología aplicada como soporte de un vasto programa de reequipamiento industrial (conocido por las siglas ZIL), el proceso de reestructuración económica se orienta en general a restringir el ámbito de la planificación centralizada por una parte a rubros de la industria básica tradicional (Siderurgia, Petroquímica, etc.), y por otra a aquellos asociados a las "tecnologías de punta" (electrónica, informática, biotecnológi-

ca, etc.), rubros que por su importancia estratégica permiten dar determinada direccionalidad al desarrollo económico en su conjunto. Pero ello dentro de normas significativamente más flexibles e introduciendo principios democráticos de gestión.

En el resto de la economía se tiende a introducir el principio de autogestión empresarial en un contexto en que el mercado asume un rol creciente como mecanismo de asignación de recursos, lo cual no deja de suscitar reminiscencias de la experiencia yugoslava. Lo anterior se plasma en la introducción progresiva pero acelerada en la industria soviética de los sistemas de autofinanciamiento y contabilidad de costos, que suponen en buen romance que cada empresa se hace responsable ante sí y para sí de las decisiones relativas a qué y cuánto producir, cómo y dónde venderlo, lo cual supone pasar progresivamente del ámbito de las "órdenes de compra" del Estado al del comercio mayorista orientado según la demanda del mercado. La consecuencia práctica más importante de ello es que las empresas deberán financiar futuras inversiones en base a los excedentes acumulados en el ejercicio de su gestión en un contexto crecientemente competitivo, lo que introduce por primera vez en la Unión Soviética la posibilidad de la quiebra de empresas y el desempleo subsecuente.

Por último, algunos otros aspectos de la reforma económica apuntalan esta tendencia de reorientar la producción en función a la demanda de los consumidores, en parte para avanzar en resolver el desabastecimiento crónico de determinados productos en determinadas épocas del año o la insuficiente oferta de otros como fenómeno permanente. Esto supone la creación de nuevas formas de propiedad (en particular, las de carácter familiar e individual), el fomento a la propiedad cooperativa y la introducción de estímulos a la producción en otras áreas (permiendo que en las granjas estatales, por ejemplo, el producto excedente respecto a los requerimientos del plan fuese de libre disponibilidad por parte de sus miembros).

PARTIDO, ESTADO, SOCIEDAD Y "GLASNOT"

Tras la Revolución de Febrero del 17 se produce en el que fuera el imperio ruso una dualidad de poder: el "gobierno provisional" de Kerensky coexiste con los "soviets de obreros y campesinos" como efectivo órgano de democracia social a nivel local y de bases. Esta dualidad se mantiene en un equilibrio precario hasta octubre de ese año, y como ya se indicó a partir de entonces esta tensión se empieza a resolver en favor del Estado (entendido como ente de poder centralizado). Al reconocer Gorbachov este proceso de "substitución" (sic) del poder de los soviets por el del partido a través del Estado, plantea explícita-

mente el objetivo de revertir esta situación. Así, además de plantearse que la sociedad tiene una multiplicidad de espacios de acción propios y autónomos respecto del Estado, se plantea la necesidad de una estricta demarcación de identidad y funciones entre el partido y el Estado, tendiendo a segmentar quirúrgicamente tejidos y órganos que hasta ahora habían sido compartidos.

En esta perspectiva el partido tiende a convertirse en un organismo supra-social y meta-político, suerte de conciencia crítica del proceso social que analiza sus tendencias de evolución y encara la función de perfilar los grandes lineamientos de carácter estratégico. Por lo demás se ha introducido en él los mismos principios que rigen el conjunto de las transformaciones (libre expresión, el carácter electivo de los cargos y el límite de duración de su ejercicio, etc.), para que la conducción partidaria no sea patrimonio de instancias cupulares como el Politburó y, si acaso, el Comité Central, que cooptan a sus miembros.

A nivel del Estado (entendido aquí más bien en el sentido integral del "Estado en occidente" según la acepción de Gramsci), se plantea un proceso radical de democratización que supone un vasto reordenamiento institucional (aprobado ya en la XIX Conferencia del PCUS, y que sería demasiado extenso pasar a detallar), que implica la introducción a todo nivel de una serie de formas, características de la democracia representativa (división de poderes, protección judicial al ciudadano contra eventuales arbitrariedades del poder, electividad de los cargos, etc.) que coexiste con formas de democracia directa allí donde esta es posible y que combina la representación de la población tanto a nivel de su identidad como ciudadanos como a nivel de principios colectivos específicos de identidad (con particular énfasis en la identidad como productor).

El sentido general del proceso de reestructuración apunta a compatibilizar el interés social, definido colectivamente, con el interés personal, definido por cada individuo, tendiendo a satisfacer ambos por igual. Todo ello en la perspectiva de devolver a las personas el control sobre el sentido de sus vidas y afianzar de esa manera un sentimiento general de responsabilidad sobre el destino del proceso de transformación y del país en general.

Pero un proyecto tan ambicioso debía vencer en principio la resistencia inercial no sólo de una frondosa burocracia estatal y partidaria, sino también, y ante todo, la que suponía la crisis de legitimidad ante la sociedad del Estado que aquella encarnaba. Para que la voluntad y propósitos emanados del poder recuperasen credibilidad ante la población era necesario cubrir la brecha existente entre el discurso oficial y la vida cotidiana, lo cual implicaba necesariamente la posibilidad de ventilar públicamente todas las diferencias que existen en

torno a los problemas y sus soluciones. En este sentido la política de "transparencia informativa" ("Glasnot") se convierte en componente medular del proceso de cambios en su conjunto.

LA PERESTROIKA Y EL MUNDO

Históricamente las relaciones internacionales se han fundado en los conflictos y equilibrios de intereses (entendidos en términos de poder) de los diferentes Estados. En la concepción marxista tal situación derivaba del carácter de clase del Estado y se resolvería cuando el proletariado, en el proceso de su propia emancipación social, liberase a la sociedad en su conjunto de los antagonismos de clase. Mientras tanto sin embargo, las "guerras imperialistas" seguían constituyendo históricamente el detonante principal de la revuelta social, desde la guerra franco-prusiana que originó la Comuna de París hasta la Segunda Guerra Mundial que posibilitó la revolución China y el proceso de descolonización en el Tercer Mundo.

El 20 Congreso de PCUS en 1956 bajo la dirección de Krushev, a contramano de esta tradición, aprobaría los principios del tránsito pacífico al socialismo y de la coexistencia pacífica entre sistemas social, política, económica e ideológicamente diferentes, pero sosteniendo que tal situación constituía "una forma particular de la lucha de clases" a nivel internacional en un determinado período histórico.

El 27 Congreso del PUCS, que marca el hito inaugural del proceso de reestructuración, supone un quiebre definitivo con la concepción tradicional de las relaciones internacionales antes descrita. En ese Congreso se sostiene el carácter contradictorio pero interconectado, interdependiente y, esencialmente, integral del mundo contemporáneo. Esta creciente interdependencia entre los Estados debiese tender a relieves las áreas temáticas de consenso y concertación por sobre las que generan divergencias y diferendos, en particular en aquellas áreas que cobran en forma creciente un carácter de universalidad y que deben abordarse a través del foro de concertación internacional por excelencia, la ONU, el cual debe fortalecerse significativamente para estar a la altura del reto que se le plantea.

Existen múltiples áreas de interés común para la humanidad, concernientes en general al mejoramiento de sus condiciones de vida como especie, pero existe un área en particular que cobra en el presente un rol prioritario: el de su propia supervivencia.

En efecto, en la era nuclear pierden toda vigencia, al menos en el contexto mundial, tanto el aforismo de Clausewitz como la sentencia de Marx puesto que la guerra y la violencia no constituyen ya ni la continuación de la política por otros medios ni la partera de la historia sino simple y llanamente el final de ambas, la política y la historia. Por ello se postula que determinados valores compartidos por la humanidad en su conjunto cobran prioridad absoluta por encima de cualquier otra consideración, incluidas las contradicciones de clase.

En síntesis, dado que la carrera armamentista ha dejado de tener sentido incluso como medio de disuasión y que el concepto de "seguridad" ha alcanzado un carácter global e indivisible (o existe para todos o no existe para nadie), de lo que se trata es de reducir progresivamente los niveles de paridad estratégica hasta llegar a un total desarme nuclear. Los recursos que antes se orientaban a fines bélicos se destinarían así a objetivos de desarrollo económico en un contexto de cooperación internacional.

Es razonable que en principio esta propuesta suscite cierto escepticismo: suena demasiado bello para ser real. Sin embargo si nos atenemos al hecho de que el hombre que calificó a la Unión Soviética como el "Imperio del mal" y se abocó al objetivo de conseguir la supremacía nuclear a través de programas como el de la Iniciativa de Defensa Estratégica (más conocido como "La Guerra de las Galaxias"), es el mismo hombre que suscribió el primer tratado de reducción de arsenales nucleares en la historia (Ronald Reagan), podríamos concluir que tal vez no resulta imposible que una cierta combinación de voluntad y circunstancias sea capaz de derrotar cualquier determinismo.

LA PERESTROIKA Y EL FUTURO

Al menos un mito, incuestionado hasta ahora, ha sido derribado por el proceso de reformas: el que sostenía que dado el carácter "intrínsecamente totalitario" del sistema soviético, con su "osificada" estructura social y política, este era "irreformable desde dentro". Ahora ya nadie se cuestiona sobre si los cambios son sustanciales o no, sino sobre el sentido general del proceso. A este respecto mientras el ex-Consejero de Seguridad Nacional Norteamericano Zbigniew Brezinsky sostiene que se trata del inicio de la "desintegración del comunismo como sistema", el actual secretario de defensa Frank Carlucci expresa su temor de que más bien todo esto redunde en un sensible fortalecimiento de la economía soviética que le posibilitaría emprender un programa de rearme masivo en el futuro, por lo que Occidente debería negarle a la Unión Soviética acceso a su tecnología de avanzada. Al margen de tales consideraciones parece ser que en el presente el principal reto de las reformas, además de la

mencionada resistencia inercial del "stablishment" político, es el de absorber y superar los desfases y desajustes y el eventual costo social que necesariamente supone el período de transición de un proceso tan vasto de reestructuración social (particularmente en aquellas medidas que atañen a la eficiencia del aparato productivo). No se trata únicamente de la posibilidad de que surjan fenómenos actualmente "proscritos" como el desempleo (el que en todo caso se concibe en este contexto como de carácter "friccional"), se trata más bien de casos como la alarmante proporción de bienes que son objeto de devolución a sus centros de producción por una nueva empresa estatal (llamada "Gospriomka"), encargada de verificar que tales productos cumplan con determinados standards de calidad. O hechos como el ostensible retraso en la puesta práctica de un sistema reformado de formación de precios (inducido tal vez por los problemas que su aplicación está generando en China Popular), que por un lado hace que el 60% de la industria soviética, que en teoría se rige por una contabilidad de pérdidas y ganancias y un sistema de auto-financiamiento, sea aún controlada en buena medida por el gobierno central a través de las "órdenes de compra" de empresas y dependencias estatales, y que por otro no permite iniciar un proceso progresivo de reducción de subsidios a los bienes de consumo primario (que ascienden al equivalente de 42,000 millones de dólares anuales).

Puesto el proceso en perspectiva sin embargo, las principales incógnitas por despejar son esencialmente de carácter político. La actual controversia sobre las reformas constitucionales que han de consagrar el nuevo ordenamiento político es sintomática.

La dificultad de compatibilizar la necesidad de que coincidan en una misma persona (como desea Gorbachov), los cargos de Presidente del Soviet Supremo y el de Secretario general del Comité Central del PUCS (lo cual personalidades como Andrei Sakharov consideran que implicaría una excesiva concentración de poder), con el carácter electivo de ambos cargos, constituye un hilo conductor que permite desentramar la madeja: a largo plazo el dilema medular consistirá en discernir si las reformas políticas y sociales son o no compatibles con la preservación del sistema de partido único. A este respecto el único espejo en el que puede reflejarse la "perestroika" es la experiencia húngara, la cual por lo demás resulta altamente sugestiva. Tan sugestiva que un miembro del Politburó del PC, Imre Pozsgay, es a la vez el principal dirigente del Frente Patriótico Popular, conglomerado de organizaciones sociales orientadas a áreas temáticas de interés muy diversas (desde sindicatos oficiales hasta grupos ecologistas independientes), que, salvo en materia de política exterior y de defensa, actúa para efectos prácticos como una coalición política, sino opositora, al menos alternativa. Lo que no se debate en el seno del Frente Patriótico se discute abiertamente en el "Forum Democrático", órgano de debate y concertación política que integra a más de mil personalidades cuyo espec-

tro de posiciones va desde los disidentes hasta dirigentes del PC (y donde Imre Pozsgay nuevamente cumple un rol medular). Pozsgay no oculta que su propósito estriba en contribuir a sentar las bases de un régimen pluripartidario en Hungría, otros dirigentes partidarios concuerdan en replantear el rol del PC en el proceso político húngaro, uno de ellos lo plantea en estos términos: "Es tiempo de que el Partido Comunista se eleva hasta un cierto Monte del Olimpo donde podríamos admirar su rol de liderazgo desde cierta distancia". Para el cronista de la revista "Time" que reseña la cita se trataría de dotarlo de un status simbólico y una investidura moral similar a los de la monarquía británica y, como ésta, relevarlo de sus funciones de conducción de la cosa pública. Si nos atenemos al hecho de que en la actual constitución soviética al PCUS se le asigna el status de "vanguardia política" de la sociedad sin mayores atribuciones específicas, podría pensarse en función a lo descrito con anterioridad que en la URSS ha empezado a operar un proceso que guarda cierta similitud, aunque obviamente el PCUS retendría para sí un papel bastante menos protocolar que el que le cabe a la monarquía británica (comparación que me parece bastante poco pertinente).

Por último cabría añadir que, al permitir el proceso de reestructuración la creación de nuevos escenarios y espacios de acción social, siempre cabe la posibilidad de que estos sean empleados por uno o más grupos constituidos en actores sociales autónomos en función a sus propios propósitos y no según el rol que la conducción del proceso les tenía designado (Me niego a calificar tales hechos como "desbordes" puesto que ello implica suponer que existe un cauce "natural" por el que debería discurrir el devenir del proceso social). En el caso soviético tal posibilidad se está plasmando en forma protagónica en las reivindicaciones nacionalistas, empezando con las de la minoría armenia en la república soviética de Azerbaijan y siguiendo con las de las repúblicas soviéticas del Báltico (Letonia, Estonia y Lituania). El potencial político de tales formas de movilización social es inconmesurable, y podrían ser la tan ansiada garantía de "irreversibilidad" del proceso de reformas, aunque no necesariamente ciñéndose con precisión al derrotero trazado.

Finalmente sólo cabría agregar que la perestroika, tanto en sí misma como en función a las posibilidades inéditas que ofrece, es un fascinante reto a la imaginación. Ejerce toda la persuasiva seducción de que es capaz una utopía social verosímil. Aunque claro, como todo proyecto de transformación social tiene la virtud de ser perfecto por definición, hasta el momento en que abandona el mundo de las ideas para intentar plasmarse en el curso del devenir histórico, que es cuando empiezan los problemas. Y como vemos, los problemas ya empezaron.

Farid Kahhat